

LOS MONUMENTOS DE BOGOTÁ

Pérdida de su Identidad

por
Marta Fajardo de Rueda
Universidad Nacional

Todas las ciudades narran su historia a través de sus Monumentos. Pareciera como si las diversas generaciones que se suceden firmaran con ellos el espacio urbano. Vienen a ser parte esencial en la conformación de su carácter, pues lo que simbolizan está asociado con los eventos de su acontecer histórico. Con el tiempo, además, se constituyen en puntos de referencia para la interpretación de la vida, la sociedad y la cultura en las distintas etapas de su desarrollo. Bogotá no es la excepción. A pesar de la indiferencia con la que la mayor parte de los ciudadanos convivimos con sus estatuas y monumentos, ellos están ahí, como testigos mudos de los hechos memorables de los personajes que han marcado su historia y también del pensamiento, las modas, los gustos, los estilos estéticos y de las costumbres cambiantes con los tiempos.

A medida que la ciudad crece, se moderniza y se transforma, las estatuas padecen inermes los procesos de movilidad. Son trasladadas de un lugar a otro, por lo general sin advertir ni importar si el nuevo espacio donde se recluyen resulta o no apropiado a la intención que les dió origen. Son muchas las anécdotas que cursan sobre este peregrinaje. Lo más grave de todo es que el abandono y el deterioro de que son víctima los Monumentos empobrece el entorno urbano, priva a las nuevas generaciones del conocimiento que en forma casi natural obtienen de su pasado, permitiendo de esta suerte la pérdida de la identidad con la ciudad que habitamos.

Por ello interesa resaltar la necesidad de conservar estas obras, que constituyen parte muy importante de nuestro patrimonio nacional. Ayudados por la presencia de las que aún se conservan y por los documentos

que quedan de las ya desaparecidas, haremos una evocación sobre algunas de éstas, indicando su origen, en algunos casos sus sitios originales y en dónde y en qué estado se encuentran hoy, con el propósito de ir creando una conciencia acerca del deber que tiene no sólo el Estado sino también la comunidad de conocerlas, valorarlas y conservarlas.

Quizá ninguna de las estatuas de Bogotá sea tan conocida como la del Libertador hecha en Roma en el siglo pasado por Pietro Tenerani que preside la Plaza Principal que lleva su nombre, o como las recién recuperadas de Cristóbal Colón y de la Reina Isabel, del escultor italiano César Sigheinfli, las primeras con las que se encuentra el viajero que llega a la ciudad por la vía del Aeropuerto.

Existe un buen número de estatuas que hacen parte del frontal de un edificio o exentas, llamadas también "de bulto", ubicadas en sitios poco visitados, o si concurridos, en donde no se advierte su dimensión estética, como es el caso de los Mo-

numentos Funerarios del Cementerio Central.

Allí por ejemplo existen numerosas obras de Escultura y Relieve, dedicadas a importantes personajes de la Política, de las letras y de las Artes, trabajadas unas por escultores colombianos, como es el caso de los Monumentos al ilustre educador Simón Araújo y al médico Luis Zea Uribe, del maestro antioqueño Francisco Antonio Cano, o como el del General Benjamín Herrera, obra del maestro Luis Alberto Acuña, y otras elaboradas por artistas extranjeros.

Otro gran grupo lo constituyen obras de autores anónimos, por lo general europeos, y las menos, debidas a artistas nacionales. Tal es el caso de los Monumentos al General Santos Acosta, a Murillo Toro, a don José Eusebio Caro, a Jiménez de Quesada, Vicente Azuero, Antonio Cuervo, Carlos Martínez Silva, Joaquín Vélez, Marco Fidel Suárez, Alberto Urdaneta y su esposa Sofía Arboleda, los cuales corresponden a una época en la que lo importante era representar y destacar al personaje, desconociendo casi por completo al artista que la trabajaba.

A este respecto conviene recordar que la historia de la Escultura no es muy antigua en nuestro país, aunque sí un tanto accidentada y, en no pocas ocasiones, adversa a los intereses de los artistas nacionales.

Durante la época colonial se practicaron profusamente la talla y la de-



Avenida Colón. Bogotá, Colombia.

coración; pero la verdadera necesidad por la escultura surgió a raíz de la Independencia, cuando se hizo manifiesto el deseo de rendir culto a los héroes que la habían forjado.



Debido a que en el país aún no existía una Escuela de Bellas Artes, ni escultores profesionales, se acudió a artistas extranjeros, generalmente franceses e italianos y posteriormente españoles, para encargarles este tipo de obras. Y de la misma manera como había ocurrido con un arte más popular, el Grabado, los europeos procedieron a dar vuelo a su imaginación para recrear, en este caso, personajes entre reales y míticos que habían forjado una Revolución de corte romántico en los lejanos países de América.

Uno de los primeros fue el italiano Pietro Tenerani, a quien siguieron los franceses Raúl Carlos Verlet, Porque, Antonio P. Lefevre y Dionisio Renalt. A excepción de Lefevre, ninguno de ellos visitó el país. Sobre las características del personaje se les informaba a través de los pocos retratos que se conservaban y ello en el caso de los más notables. Otras veces se acudía a las descripciones o "retratos hablados" que eran por lo demás muy co-

rrientes en la literatura de mediados del siglo pasado.

Así, las más de las veces, los artistas sobre esas bases creaban, o mejor inventaban, al personaje, razón por la cual varias de estas obras resultan además de inauténticas, rígidas y adocenadas.

La creación de la Escuela de Bellas Artes, en el año de 1886, favoreció el desarrollo de la Escultura, a causa de la llegada de los maestros italianos César Sighinolfi y Pietro Cantini y del suizo Luis Ramelli. Nuevas condiciones económicas y políticas, derivadas del gobierno, conocido como la Regeneración, conducen a una notable modernización de la ciudad que se traduce en el construcción de parques, avenidas y algunos edificios que sobrepasan a las antiguas edificaciones por su tamaño, capacidad y gusto. Tal es el caso del Teatro de Colón, el Parque del Centenario, hoy desaparecido, que conmemoraba el Primer Centenario del natalicio del Libertador; la Estación del Ferrocarril de la Sabana y los primeros Hoteles, así como la construcción del Cementerio Central, en el cual las familias acomodadas comenzaron a construir sus Mausoleos. La ocasión fue propicia para que se expresaran los escultores, pues este desarrollo urbano generaba la necesidad de erigir Monumentos, construir Fuentes y levantar Estatuas. Los maestros Cantini, Sighinolfi y Ramelli idean el Templete en honor del Libertador para el Parque del Centenario, Monumento que hoy se encuentra muy deteriorado, pues inclusive la estatua original se desintegró luego de su traslado al actual Parque de los Periodistas en la carrera tercera con calle trece. Algunos encargos menores fueron solicitados a nuestros artistas locales.

La Guerra de Los Mil Días irrumpe y trastorna totalmente la vida nacional. La Escuela de Bellas Artes fue una de las más seriamente afectadas, pues sus instalaciones se convirtieron en cuarteles para las tropas del ejército.

El presente siglo se inicia con un gran programa de reconstrucción nacional que involucra a la Escuela Nacional de Bellas Artes a la cual

se le da un gran apoyo, que se refleja en el nombramiento como Director, del pintor Andrés de Santamaría. Dentro de su programa figura la apertura de un taller de fundición y el nombramiento de varios profesores de Escultura.

De esta época proceden los maestros Silvano y Polidoro Cuéllar, Dionisio Cortés y Juan José Rosas, poco conocidos porque sus proyectos no contaron con la confianza del gobierno para lograr el apoyo a sus realizaciones. Obra de Silvano Cuéllar es el expresivo busto del maestro Epifanio Garay que preside la entrada al Museo Nacional. Otros jóvenes y más tarde notables artistas como Eugenio Zerda



La Pola. Dionisio Cortés.

y Ricardo Acevedo Bernal se entusiasmaron con la Escultura y dejaron obras de indudable mérito. Infortunadamente el vandalismo se ensaña contra estas solitarias y tantas veces olvidadas obras. A la mayor parte de ellas se les arrebatan las placas de bronce que identifican al personaje o al autor llegando al extremo de mutilarlas y afrentarlas, como ha ocurrido, entre otros, con el Busto de Cervantes que aún se encuentra, casi perdido, en un rincón de la avenida ochenta y

dos con carrera novena, obra del maestro Acevedo Bernal.

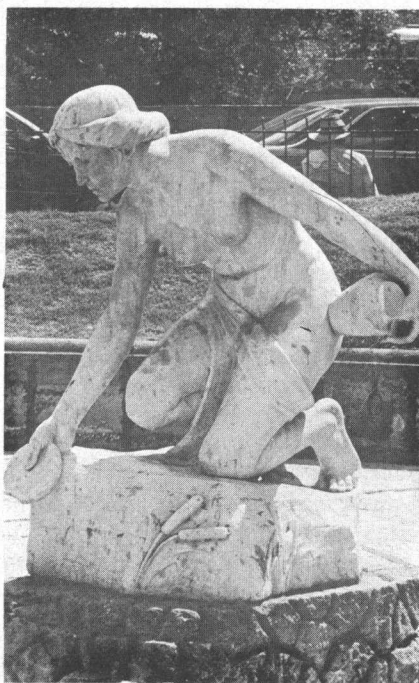


Cervantes. Ricardo Acevedo Bernal

La celebración del Centenario de la Independencia, en 1910, propició la renovación de ciertos sectores de la ciudad. De todas estas obras quizá la más importante fue la construcción del Parque de la Independencia. Una bella fuente de estilo Art Nouveau, obra del maestro Francisco Antonio Cano, decoraba su entrada. Hoy de ella sólo se conservan algunas fotografías. Gradualmente el Parque se llenó de bustos y monumentos a los hombres notables. Para la gran Exposición de la industria, agricultura y arte se construyeron interesantes pabellones pero, el único que se conserva es el "pequeño Trianón". En cuanto a los Monumentos, el primero de ellos fue el del Libertador, cuya estatua ecuestre se encargó a París a través del gobierno nacional. Ejecutada por el artista Emmanuel Fremiet, posteriormente se vio trasladada al Monumento a los Héroes de la calle ochenta con la Avenida Caracas. El busto de don Salvador Camacho Roldán, por mucho tiempo tirado en el césped, abandonado en un rincón de

este parque, ha sido recientemente rescatado por el Centro Nacional de Restauración. En el límite oriental del Parque se inauguró un Obelisco con un águila en la cúspide dedicado a "Los Héroes Anónimos". Hoy, desprovisto de sentido e historia, sirve de elemento "decorativo" a la glorieta de la calle sesenta y tres, próxima al Parque del Salitre.

La mayor parte de los bustos del Parque de la Independencia y la totalidad de los del Centenario fueron trasladados a diversos sitios de la ciudad, varios de ellos a la Avenida Santiago de Chile, con motivo de la destrucción casi total del segundo, pues tan sólo se conserva La Rebeca,



La Rebeca. Roberto Henao B.

del maestro Roberto Henao Buriticá, y de la parcial del de la Independencia, para dar paso a la construcción de los Puentes de la calle veintiseis.

Años más tarde, para el Parque Santander, el maestro Acuña trabajó en mármol un hermoso Monumento para honrar la memoria del poeta Rafael Pombo, cuyo rastro parece definitivamente perdido hasta el presente.

Largo y penoso fue en adelante el camino que recorrieron los artistas nacionales, quienes por lo general, se

vieron privados del apoyo estatal, pues casi siempre el gobierno prefería encargar las obras de escultura a Europa, muchas veces a artistas menores, pero que gozaban del privilegio de ser extranjeros. ¡Cuántos proyectos se quedaron apenas en el barro porque el gobierno no autorizó la partida para realizarlos! Artistas de extraordinaria calidad como Marco Tobón Mejía y más tarde Rómulo Rozo, debieron emigrar en busca de oportunidades. El primero se radicó en París y el segundo en México. Años después los seguiría José Domingo Rodríguez, cuya excelente obra permanece aún desconocida en su propio país.

Excepcionalmente se aceptaron las propuestas de algunos escultores y no siempre sin objeciones, como fue el caso de los proyectos del maestro Cano y de su alumno el pintor y escultor chiquinquireño Félix María Otálora. Por ejemplo el maestro Cano, autor de la estatua de Rafael Núñez que preside el patio central del Capitolio Nacional, tuvo que sufrir la censura del gobierno nacional, ya que el presidente Marco Fidel Suárez le vetó las figuras femeninas que simbolizaban la Poesía y la Historia.

Algunas viejas edificaciones se derribaron para dar paso a edificios modernos y funcionales. Las más de las veces se cometieron verdaderos atentados contra el Patrimonio Nacional, al destruir obras de indudable valor artístico, para dar paso a verdaderos adefesios arquitectónicos, como fue el caso de la sustitución del hermoso Convento de Santo Domingo por el actual edificio "Murillo Toro", sede del Ministerio de Comunicaciones.

Otro Convento que se demolió, para edificar la sede de la Gobernación de Cundinamarca, fue el de San Francisco, contiguo a la colonial iglesia del mismo nombre. Su decoración interna y externa fue encargada al maestro Félix María Otálora. Dentro del gusto neo-clásico, procedió entonces a trabajar en piedra un monumental conjunto escultórico para el tímpano, que representa alegóricamente al Trabajo y a la Libertad.

El abandono, la incuria y la ignorancia de quienes debieran velar por su conservación son las causas por las

cuales estas obras no han recibido ningún auxilio para su rescate. Lo más lamentable es el riesgo de que con el tiempo se vean irremediamente perdidas y haya que proceder incluso a retirarlas.

Curiosamente, otra suerte han corrido las obras del mismo autor que embellecen la entrada principal al edificio de la Policía Nacional, situado en la calle octava con la carrera novena.

Paradójicamente las estatuas bogotanas que han sufrido una verdadera cadena de desgracias e infortunios, que parece no tener fin, son las que representan a la Justicia, las cuales también fueron trabajadas por el maestro Otálora. Su destino era enlucir la entrada principal del primer edificio que albergó el Palacio de Justicia, construido según proyecto de Escipión Rodríguez, entre los años de 1919 a 1926. Como es sabido, este edificio fue víctima de los incendios del 9 de abril. Sin embargo sus estatuas-columnas se salvaron y a partir de ese momento emprendieron un penoso recorrido que recuerda las penalidades de los

desterrados. Abandonadas en algún lugar público, fueron compradas al gobierno por la familia Galvis y trasladadas al portal de una finca de su propiedad en la cercana población de Suba. Un día cualquiera, por decisión de la misma familia, fueron trasladadas a la ciudad de Bucaramanga e instaladas muy impropriadamente en una de las entradas de la sede del Periódico Vanguardia Liberal. Por fortuna no se las colocó en sitio primordial, pues habrían quizás encontrado su fin en el atentado dinamitero sufrido por este Periódico el año pasado. Ahora parecen aguardar pacientemente a que se restablezca la Justicia en Colombia, se reconstruya el Palacio y que la capital se apreste para recibir las dignamente como corresponde al alto valor moral que representan.

Pocas obras de escultura moderna se pueden apreciar en Bogotá, a diferencia de otras ciudades colombianas, como es el caso de Medellín. Existen algunas, pero por lo general encargadas por la empresa privada. Infortunadamente, cuando el gobierno nacional decide rendir un tributo de admiración a algún hombre notable o hacer deter-

minado monumento por algún hecho memorable, por lo general no acude a los artistas contemporáneos que hablan un lenguaje acorde con nuestro tiempo. Y cuando lo hace, o ellos presentan sus proyectos a Concurso, se olvida de designar jurados que estén verdaderamente capacitados para comprender las expresiones modernas del arte. Es vergonzoso que aún se veten en nuestro país iniciativas de maestros de prestigio internacional, porque sus obras se juzgan con criterios no artísticos.

Dado que la escultura es el arte que tiene en mayor grado la posibilidad de exponerse de modo permanente en lugares público, a la vista de todo el mundo, convendría que contara con un mayor apoyo por parte del gobierno para que se abriera este espacio a las propuestas más actuales y, por así decirlo, recibir con beneplácito en los lugares adecuados el aporte de estas manifestaciones artísticas, las cuales por fortuna gozan en el presente de un verdadero auge creativo y de un reconocimiento, aceptación y disfrute por parte de los habitantes de la ciudad.

